

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I.
FRAILE

La sabiduría, ¿ingenuidad o madurez?

A veces nos sorprendemos con textos bíblicos demasiado ingenuos como aquellos que afirman que al justo siempre le va bien. Me imagino al lector de la Sagrada Escritura o al participante de la celebración litúrgica poniendo cara de asombro o dibujando una sonrisa entre sorprendida y socarrona. No es menos chocante cuando leemos o escuchamos el libro del Eclesiastés afirmando que el único provecho que tiene el hombre en esta vida es comer, beber, y disfrutar de los pocos días que se nos conceden. ¿Podemos decir que los sabios son ingenuos? ¿Podemos considerar palabra de Dios a textos tan desencantados como los del Eclesiastés? Encontramos una respuesta si vemos detrás de estos textos aparentemente contradictorios una experiencia y un pensamiento religioso que va evolucionando. Con todo, siempre estará la duda ¿la fe nos lleva al optimismo ingenuo o a una madurez socarrona y escéptica?

La sabiduría es un fenómeno común al Antiguo Oriente, anterior sin duda a la existencia del pueblo de Israel. La Biblia recoge algunos de estos testimonios demostrando así el carácter internacional de la sabiduría.

El humanismo internacional

La sabiduría es un fenómeno común al Antiguo Oriente, anterior sin duda a la existencia del pueblo de Israel. En Egipto, Mesopotamia y Siria la encontramos representada en numerosos proverbios, fábulas y poemas. Se trata en gran parte del «arte de escribir bien» y de la «buena educación y gobierno», destinado principalmente a príncipes y nobles sin excluir un sentido religioso. La Biblia recoge algunos de estos testimonios extranjeros demostrando así el carácter internacional de la sabiduría. En el libro de los Proverbios encontramos las «Máximas de Agur, hijo de Yaqué, de Masá» (Prov 30) a las que siguen en el capítulo 31 unas «Máximas de Lemuel, rey de Masá, que le enseñó su madre».

La sabiduría Israelita desde los orígenes al siglo VI: el humanismo Salomónico

La sabiduría oriental influyó en Israel desde tiempos muy antiguos. Un ejemplo lo tenemos en el apólogo de Yotán (Jue 9,7-15), anterior al establecimiento de la monarquía en Israel (siglos XII-XI a.C.), considerado como la crítica más feroz de todos los tiempos al sistema monárquico. Con seguridad en el ámbito de las familias y los clanes que formaban las tribus

surgieron desde el primer momento enseñanzas sencillas sobre la amistad, la educación de los hijos, la hospitalidad y temas similares. Muchas de estas máximas o sentencias se encuentran actualmente coleccionadas en el libro de Proverbios.

Cuando más se desarrolló el fenómeno sapiencial dentro de Israel fue en tiempos del rey Salomón (s. X a. C.), gracias al contacto con la cultura egipcia y a la afición personal del rey. La tradición bíblica lo presenta como el sabio por excelencia, con una sabiduría que «superó a la de los sabios de Oriente y de Egipto» (1Re 5,10). De estos relatos podemos destacar dos detalles: primero, la sabiduría es don que se pide a Dios y Dios concede:

«En Gabaón el Señor se apareció aquella noche en sueños a Salomón y le dijo: «pídemelo que quieras». Salomón respondió: (...) Tú has hecho a tu siervo sucesor de mi padre, David, pero yo soy un muchacho que no sé valerme. Tu siervo está en medio del pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar ni calcular. Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal; si no, ¿quién podrá gobernar a este pueblo tuyo tan grande? Al Señor le pareció bien que Salomón pidiera aquello y le dijo: Por haber pedido esto, y no haber pedido una vida larga, ni haber pedido riquezas, ni haber pedido la vida de tus enemigos, sino inteligencia para acertar en el gobierno, te daré lo que has pedido: una mente sabia y prudente, como no la hubo antes de ti ni la habrá después de ti.» (1Re 3,5-13)

Segundo, en estos momentos iniciales la sabiduría abarca aspectos muy distintos: el gobierno del pueblo y la administración de la justicia (por ejemplo, el juicio de las dos madres en 1Re 3,16-22); la capacidad para tomar decisiones importantes (la construcción del Templo de Jerusalén en 1Re 5,15-32) incluso un conocimiento «enciclo-



Moisés recibe las tablas de la ley. Pintado sobre vidrio, siglo XVIII. Cefalú, Museo Mandralisca.



pédico»: «*La reina de Sabá oyó la fama de Salomón y fue a desafiarlo con enigmas.(...) Entró en el palacio de Salomón y le propuso todo lo que pensaba. Salomón resolvió todas sus consultas; no hubo una cuestión tan oscura que el rey no pudiera resolver.*» (1Re 10,1-3)

Otro aspecto importante en esta sabiduría de los inicios es el que pretende inculcar en el pueblo una serie de principios de conducta a través de personajes ficticios o históricos colocados en situaciones aleccionadoras. La historia de José es un claro ejemplo de edificación moral; leyendo su vida el lector aprende a confiar en Dios en medio de las dificultades, a mantenerse firme en las tentaciones como cuando la mujer de Putifar le quiere seducir (Gen 39, 7-23), a perdonar a sus hermanos que lo vendieron.

Una primera conclusión que podemos sacar es que la literatura sapiencial de Israel no se limita a los cinco libros que catalogamos como tal (**Proverbios, Eclesiástico, Job, Eclesiastés y Sabiduría**). La reflexión de los sabios aparece en los textos narrativos (**Génesis, Jueces, Reyes**, etc.), en los proféticos y en los **Salmos** (Salmo 1). Una segunda conclusión es que, si bien la reflexión sapiencial es tan antigua como el mismo pueblo, sin embargo tiene su hora en la vida de Is-

rael. Nunca dejó de darse, pero desde el s. VIII hasta la vuelta del exilio (s. VI) es el momento de apogeo de los profetas.

Actualmente en los libros sapienciales no conservamos mucho material de esta primera época. Sólo algunas partes del libro de los **Proverbios** (capítulos 10-29 principalmente) y también es probable que una parte del **Eclesiástico** proceda de la época monárquica o se inspire en ella. En los capítulos 10-29 de Proverbios la sabiduría se caracteriza por carecer de ambiciones filosóficas y teológicas, por su optimismo y por utilizar la forma breve del proverbio o del refrán. Los temas que más le interesan son la prudencia, la honradez, la modestia, la laboriosidad, la confianza en Dios, la caridad. Y negativamente: la charlatanería, la pereza, el orgullo, la soberbia y la violencia.

La crisis de los siglos V - III: Job y Eclesiastés

El término *crisis* es inexacto si lo interpretamos en el sentido de una falta de interés por la sabiduría, como si hubiera caído en el olvido. Nada más lejano: en esta época (dominación persa y primera época helénica) surgen las dos obras más impresionantes de todo el movimiento sapiencial israelita: el libro de **Job** y el del **Eclesiastés** (= **Qohélet**). «Crisis» conforme a su etimología significa «poner en tela de juicio». Estos dos escritos por una parte ponen en duda la validez de los resultados conseguidos por sus predecesores; por otra se distancian de su optimismo. Las crisis someten aun lo más sagrado a una seria revisión, la profundización en las más graves cuestiones de la existencia, ambición de penetrar el misterio, la lucha en busca de la verdad. El profeta Jeremías (finales del VII, comienzos del VI a.C.)

David orando.
Jacopo Filippo d'Argenta, siglo XV. Ferrara (Italia), Museo de la Obra de la Catedral.

Las crisis someten aun lo más sagrado a una seria revisión, la profundización en las más graves cuestiones de la existencia, ambición de penetrar el misterio, la lucha en busca de la verdad.

La crisis sapiencial es una crisis de la idea de Dios. Por eso esta crisis sólo tiene una salida posible: encontrar una nueva imagen de Dios que sustituya a la anterior.

ya había cuestionado el optimismo general planteando a Dios esta incisiva pregunta: «Aunque Tú, Señor, llevas razón cuando discuto contigo, quiero proponerte un caso: ¿Por qué prosperan los impíos y viven en paz los traidores?» (Jer 12,1).

Jeremías está mostrando su desacuerdo con el optimismo de la enseñanza tradicional, formulado en frases como estas: «La casa del malvado se arruina, la tienda del honrado prospera» (Prov 14,11). «El salario del honrado es la vida, la ganancia del malvado es el fracaso» (Prov 10,16). «Al malvado le sucede lo que teme, pero al honrado se le da lo que desea» (Prov 10,24).

La experiencia, fuente en la que bebe la sabiduría, demuestra que esto no es cierto. Sus dos máximos representantes (Job y Qohélet) suponen un revés a la enseñanza tradicional.

a) Job: crisis desde la experiencia del sufrimiento injusto.

El libro de Job comienza con una introducción que nos ayuda a situarnos en la escena: un hombre rico y piadoso, que sabe conjugar la abundancia con la rectitud moral y el temor de Dios, ve en poco tiempo cómo mueren sus hijos, pierde todos los bienes y sufre una grave enfermedad. ¿Acaso no dice la doctrina tradicional de Israel que al justo y piadoso le va bien en todo lo que emprende?

Siempre hay personas que se aferran a sus convicciones temiendo perder la fe en la justicia divina. Elifaz, uno de los «amigos» de Job, repite la teoría de los antepasados: «El malvado pasa la vida en tormentos... escucha ruidos que lo espantan; cuando está más tranquilo, lo asaltan los bandidos. No confía volver de las tinieblas, porque está reservado para el puñal. Lo destinan a pasto de los buitres y

sabe que su día está cercano; el día lóbrego lo aterroriza, la inquietud y la angustia lo atenazan...» (Job 15,20-24)

Job no se contenta con estas frases hechas contrarias a la experiencia sufrida en sus propias carnes; retoma la pregunta de Jeremías pero con ironía: «¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos?» (Job 21,7). Su respuesta constituye una de las páginas más amargas y realistas del AT, dibujando el maravilloso bienestar de los que se rebelan contra Dios (Job 21,8-33). Por eso, el verso final del capítulo representa una crítica radical a toda la sabiduría anterior: «¿Me queréis consolar con vaciedades? Vuestras respuestas son puro engaño» (Job 21,34). Probablemente el problema de la injusticia y del sufrimiento injusto fue el que más directamente influyó en la crisis del movimiento sapiencial en Israel.

Job, lejos de encerrarse en sí mismo, da el salto al sufrimiento de todo el mundo, al absurdo de la vida y la actitud incomprensible e incluso odiosa de un Dios que disfruta haciendo el mal. Estamos ante la rebelión del justo que sufre y roza la blasfemia contra Dios: «Si una calamidad siembra muerte repentina. Él se burla de la desgracia del inocente» (Job 9,23). Job no duda de que Dios sea poderoso e

«Salomón enseñando». Miniatura, siglo XIII. Asís (Italia), Biblioteca del Sacro Convento.





inteligente: «Él posee sabiduría y poder, la perspicacia y la prudencia son suyas» (Job 12,13) Pero estas cualidades las pone al servicio de la destrucción, la humillación y la muerte: «Lo que Él destruye, nadie lo levanta; si Él aprisiona, no hay escapatoria; si retiene la lluvia, viene la sequía; si la suelta, se inunda la tierra». (Job 12,14-15).

En definitiva, la crisis sapiencial es una crisis de la idea de Dios. Pone en entredicho esa imagen del dios «tapahuecos» y «explicatodo» que proponían los antepasados. Por eso esta crisis sólo tiene una salida posible: encontrar una nueva imagen de Dios que sustituya a la anterior. Job, al final del libro, formula esta experiencia de forma magnífica. Hablando con Dios le dice: «Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5). Este nuevo conocimiento de Dios hace posible reestructurar todas las experiencias negativas con aceptación, humildad y alegría.

b) Qohélet: la crisis del escepticismo

Qohélet es el nombre hebreo del libro del Eclesiastés. Su forma de pensar representa un modo totalmente distinto de entrar en crisis, no a partir del dolor, sino del hastío: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad», repite continuamente como un sonsonete (Ecl 1,2). La ficción literaria presenta al protagonista como «rey de Jerusalén

e hijo de David» (Ecl 1,1). Habla de un esfuerzo inicial en conseguir la sabiduría que termina en la amarga constatación de que «la sabiduría y el saber son locura y necedad» (Ecl 1,17); nos habla entonces de su experiencia del placer y la alegría, de la frivolidad y la riqueza: «Después examiné todas las obras de mis manos y la fatiga que me costó realizarlas: todo resultó vanidad y caza de viento, nada se saca bajo el sol» (Ecl 2,11).

No pensemos que el desencanto de Qohélet se centra en el placer y en el bienestar fundamentalmente. Para él lo que está más en crisis es la sabiduría, la capacidad de orientar la vida y darle un sentido, porque la experiencia le ha llevado a un profundo escepticismo. Duda de todo: de la justicia, de la capacidad de los gobernantes, del esfuerzo humano, de la enseñanza tradicional, del recto orden del mundo. Nada queda en pie ante su crítica implacable. Pero lo que elimina todo de la manera más absoluta es la realidad de la muerte, idea obsesiva para el Eclesiastés, hecho al que nadie puede escapar y que anula la consistencia de cualquiera de nuestras empresas.

Sin embargo, Qohélet encuentra una salida al problema. No al estilo de Job, mediante un conocimiento nuevo de Dios, sino de forma aparentemente más profana y secular, optan-

*Para el sabio
Qohélet,
Dios no aparece como un
«Tú cercano»,
sino como un
«Él lejano». A pesar de
todo, este
Dios lejano
es también
el Dios real,
el Dios de
la revelación.*



Arriba: Maestro y alumnos. Bajorrelieve romano, siglo IV. Roma (Italia), Museo del Palacio de los Conservadores.
Izquierda: El maestro Salomón. Miniatura, siglo XV. París (Francia), Biblioteca Nacional.

El autor del libro de la Sabiduría no intenta hacer un sincretismo entre judaísmo y belenismo sino que busca puntos de diálogo y de encuentro: usa un lenguaje y unas fórmulas nuevas, conoce la ciencia y la filosofía griega, y todo ello al servicio de la fe.

Abajo: «Salomón instruye a su hijo Roboán». Miniatura, s. XV. París (Francia), Biblioteca Nacional. Derecha: Juan evangelista. Pellegrino da Mariano, s. XV. Pienza (Italia), Museo de la Catedral.

do por el placer sencillo y cotidiano: «Yo alabo la alegría, porque el único bien del hombre es comer, beber y alegrarse; eso le quedará de sus trabajos durante todos los días de su vida que Dios le conceda vivir bajo el sol» (Ecl 8,15).

No se trata de una frase suelta, sino de una idea que se repite a lo largo de la obra con fuerza creciente (cf. Ecl 2,24; 3,12.22; 5,17; 9,7-10).

Indudablemente quienes incluyeron esta obra en el canon de los libros inspirados debieron ver en ella algo más que pura sabiduría humana. La consideraron «palabra de Dios», lo cual resulta curioso y aleccionador. Igual que en Job, lo que parece haber entrado en crisis es la idea de Dios.

La diferencia estriba en que Qohélet no se lanza impetuoso hacia Dios, ni entabla diálogo, ni se queja ni discute. Para Qohélet Dios no aparece como un «Tú cercano», sino como un «Él lejano» «que ha dado a los hombres una triste tarea para que se atreen con ella.» (Ecl 1,13). Incluso cuando habla de sus dones, Dios sigue pareciendo distante, impenetrable.

A pesar de todo, este Dios lejano es también el Dios real, el Dios de la revelación. Pero quizá hay en este libro, sobre todo, una profunda honradez religiosa. No la espiritualidad falsa y es-

La sabiduría es don que se pide a Dios y que Dios concede. Además, abarca aspectos muy distintos.

tereotipada de quienes presumen de ver a Dios en todo, sino la del sabio modesto y desencantado que se contenta con seguir creyendo en Dios a pesar de las desilusiones de la vida.

Job y Eclesiastés, cada uno a su estilo, se enfrentan con la realidad y con su fe. A ambos puede aplicarse lo que escribe Alonso Schökel a propósito del segundo: «En él, la sabiduría se apea, llega al borde del fracaso, así encuentra su límite y se salva».

La etapa final

Está representada por dos obras que sólo los católicos admitimos como canónicos: El **Eclesiástico** (= Ben Sira) y el libro de la **Sabiduría**; a ellas debemos añadir la primera parte del libro de los **Proverbios** (Prov 1-9). ¿Cuáles son sus rasgos distintivos?

Por una parte nos situamos en una actitud distinta ante la cultura griega; por otra se percibe una importancia creciente de la historia; por último la sabiduría es dibujada con rasgos personales.

La sabiduría es radiante e inmarcesible, la ven sin dificultad los que la aman, y los que van buscándola la encuentran; ella misma se da a conocer a los que la desean.

Quien madruga por ella, no se cansa. La encuentra sentada a la puerta (...) Ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen, los aborda por los caminos y les sale al paso en cada pensamiento (Sab 6, 12-16).

La preferí a cetros y tronos y en su comparación tuve en nada la riqueza; No le equiparé la piedra más preciosa,



porque todo el oro a su lado es un poco de arena,
y junto a ella la plata lo que el barro
(Sab 7, 8-9).

La quise y la pretendí desde muchacho
Y la pretendí como esposa, enamorado
de su hermosura. (Sab 8,2).

Desde Alejandro Magno fragua el fenómeno que conocemos como «helenismo» y que abarca aspectos tan diversos como el arte, la lengua, la filosofía. Ninguna ciudad ni región importante se vio libre de este influjo, Judá tampoco. Muchos corrieron el peligro de sobrevalorar esta nueva cultura desestimando la riqueza y peculiaridad de su propia tradición. Aunque también cabría el peligro contrario de no valorar lo bueno que aportaba la cultura helenística.

Esta postura ambivalente va a condicionar la reflexión sapiencial de los últimos siglos. La cultura griega supone un «revulsivo» para el movimiento sapiencial de Israel: unos se aferraron a la fe de sus padres, pero otros buscaron lanzar un puente entre la tradición judía y las aportaciones de la cultura griega.

Así, el capítulo inicial del libro del *Eclesiástico* insiste en que «toda sabiduría viene del Señor» (Eclo 1,1); «el principio de la sabiduría es temer al Señor» (v. 14); «la plenitud de la sabiduría es temer al Señor» (v.16); «la corona de

la sabiduría es conocer al Señor» (v.18); «la raíz de la sabiduría es temer al Señor» (v. 20). El autor del libro de la **Sabiduría**, por su lado, no intenta hacer un sincretismo entre judaísmo y helenismo sino que busca puntos de diálogo y de encuentro: usa un lenguaje y unas fórmulas nuevas, conoce la ciencia y la filosofía griega, y todo ello al servicio de la fe.

*Jesús Ben Sirac.
Miniatura. Marco
di Berlinghiero,
siglo XIII. Lucca
(Italia). Biblioteca
Capitular.*



Vocabulario

H Apólogo: Relato alegórico del que se deduce una enseñanza moral o un consejo práctico. En el de Yotán (Jue 9,7-15) los árboles más útiles e importantes del país rechazan el cargo de rey, mientras que sólo la pequeña e inútil zarza accede a realizar esta función, poniendo en peligro a todos. Según esta perspectiva el rey usurpa el poder que sólo pertenece a Dios.

H Elogio de los antepasados: Los capítulos 44-50 del libro del *Eclesiástico* hacen un repaso de las grandes figuras de la historia del pueblo de Israel: Noé, Abrahám, Moisés, David etc. Sobresale la presencia de un personaje contemporáneo del autor, Simón el Justo (c. 50), hombre tenido por sabio y piadoso. Estos capítulos nos unen, por una parte, al profundo sentido de la historia que tiene el pueblo de Israel, por otra presentan sus glorias nacionales ante los griegos que presumían de las suyas.



Qohélet.

La antigua sabiduría de Israel, aunque estuvo enraizada en la vida y en la historia, nunca la convirtió en objeto expreso de su reflexión. Es inútil buscar en épocas precedentes capítulos como los de Eclo 44-50, que repasan la historia de Israel, o una meditación sobre lo sucedido en Egipto, tal como tenemos en Sab 11-19. La historia, convertida en motivo de alabanza o aprendizaje es algo nuevo dentro de la sabiduría de Israel. Quizá ha habido en esto cierto influjo griego, (sobre todo en el parecido entre el «elogio de los antepasados» del libro del Eclesiástico y el «elogio de los varones ilustres»),

pero Israel tenía una gran tradición de alabar a Dios por la historia y de descubrir en ella sus beneficios.

En esta época tardía encontramos la tercera característica, realmente importante, y que será también puente para comprender mejor el Nuevo Testamento. La sabiduría ya no es un conjunto de conocimientos ni una forma de actuar, sino que aparece como una persona que llama, busca y enamora. Esta etapa tendrá gran repercusión en la teología del NT, que dará un paso más adelante y verá en Jesús la Sabiduría de Dios encarnada (cf 1Cor 1,24; Col 1,15-17; Heb 1,3). ■

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

Objetivo: Leer y comentar desde la propia experiencia «*Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos*» (Job 42,5).

Propuestas de diálogo:

- ¿Qué diferencia hay entre conocer de oídas y conocer por experiencia? Algunos ejemplos.
- ¿Cuál de las dos es capaz de transformar la vida?
- ¿Cómo es nuestro conocimiento de Dios? ¿Por tradición, por búsqueda personal, por experiencia?
- ¿Las dificultades de la vida impiden creer en Dios o purifican nuestra experiencia creyente?
- ¿En qué consiste la verdadera sabiduría que ilumina la vida del ser humano?

2. Texto para orar: Sab 9, 1-18

- Proclamación pausada en voz alta
- Eco –sin comentar– de las frases que han resonado en tu interior

3. Oración

Señor, tú me sondeas y me conoces.
Conoces mis ilusiones y sabes de mis preocupaciones.
A veces quiero escaparme de tu presencia, gritar que no te conozco.
Pero ¿cómo cerrarme a ti que me has dado la vida?,
¿cómo gritar que no te conozco cuando guías mis pasos?
Dame un corazón sencillo que pueda descubrirte,
un espíritu alegre que pueda bendecirte,
un alma agradecida que sepa reconocerte.
Que descubra la Sabiduría que procede de ti,
que Jesucristo sea luz en mis decisiones,
claridad en mis noches, sosiego en mi desazón.
Señor, tú me sondeas y me conoces.